



Laberinto de sangre

María del Carmen Navarro Ruiz



ATENE O
PALMA DEL RÍO

Relatos literarios del Adarve

Este relato es obra de la escritora y ateneísta María del Carmen Navarro Ruiz y se publica en el marco del proyecto “Adarve literario” del Ateneo Científico y Artístico de Palma del Río.

La fotografía de portada recoge un fragmento de una obra de la pintora y ateneísta María José Luque Caro, óleo sobre lienzo.



Este obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional](#).

Usted es libre de compartir, copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato bajo los siguientes términos:

- **Atribución** — Usted debe dar crédito de manera adecuada sobre la autoría de la obra y brindar un enlace a la licencia.
- **NoComercial** — Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **SinDerivadas** — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Palma del Río - octubre de 2021



La luz de la mañana africana se dejaba caer dulcemente, deslizándose trepadora entre los exhaustos compases de los tambores. El nuevo día despuntaba cargado de esperanzas. Era inminente que un esperado acontecer llenaría de regocijo el corazón de aquella gente: el nacimiento de un nuevo ser. Entre los somalíes, un padre o una madre no lo es sólo de sus hijos, sino también de todos cuantos pertenecen a la misma generación que sus hijos. Por esta causa, cada nuevo alumbramiento es motivo de alegría para toda la comunidad.

Nuuro, la parturienta, siempre había sido una mujer extremadamente delgada, frágil y enfermiza, que lograría quedar embarazada habiendo transcurrido mucho tiempo desde su matrimonio y no sin serias dificultades. De ese modo, tuvo que resignarse a escuchar continuamente, por boca de los ancianos de la tribu e incluso de Abdi, su esposo, el escaso valor que poseía una mujer infértil. A medida que el paso de los años tenía lugar y ella no quedaba en estado, el marido la culpabilizaba más y más, hasta hacerla sentir con sus humillaciones el ser más inservible y ridículo de la tierra.

Nuuro sabía que su pueblo adora a los niños y que sus risas constituyen un apreciado regalo de la madre Naturaleza. Comprendía que de los sucesores dependían todas las esperanzas futuras y que en ellos radicaba la propia supervivencia. Por esta causa fue capaz no sólo de justificar el trato que le proporcionaba su entorno, sino también, de perdonar a su marido, con el que había contraído matrimonio amándolo profundamente.

— Ninguna de las horrendas cosas que me diga o que me haga, logrará que me arrepienta de ser su esposa. Al fin y al cabo, la única culpable de su desilusión soy yo y mi incapacidad para darle descendencia. —se decía, a menudo, con la intención de soportar la amarga situación.

Este afán de todos por ver a Nuuro en cinta la condicionó al extremo de obsesionarla, creyéndose castigada por los cielos. Era frecuente que se la viera hablando sola, mientras rogaba la condescendencia y el perdón de Alá por el terrible error que debió haber cometido. Pecado que desconocía, pero del que pretendía liberarse con un enorme arrepentimiento.

Tales razones fueron los motivos por los cuales se vio obligada a participar, no pocas veces, en ceremonias de fecundidad. Estos rituales se extendían durante varios días. En ellos las mujeres formaban un corro, en torno al cual saltaban danzarinas, al tiempo que entonaban cánticos con los que se dirigían a la divinidad. Por medio de sus canciones rogaban un embarazo para las que aún no habían tenido hijos, a la vez que agradecían la fortuna recibida por aquéllas que ya habían sido madres.

— Oh, Alá, permíteme acoger a mis hijos en mis rodillas y llevarlos sobre mis espaldas. Oh, buen Alá. —Las súplicas de

Nuuro escapaban incansables de entre sus labios una y otra vez hasta la extenuación.

Abramo, el anciano que solía dirigir las ceremonias, bendecía después a todas las mujeres, asperjándolas con leche, al tiempo que también él invocaba a Alá en favor de todas ellas. Cuando los rituales finalizaban se sacrificaba una vaca, de la que se alimentaban todos. Al anochecer se iban a descansar. No obstante, al amanecer del día siguiente, las mujeres se preparaban de nuevo en su gran corro y Abramo les ungía la frente con una mezcla hecha a base de tierra y leche. Cada mujer ataba, entonces, a sus collares un manojo de hierbas, recién cortadas por ellas mismas, para terminar pronunciando el conjuro:

-Así como estas hierbas están atadas entre sí, ata mi alma a ti
¡Oh Alá!

Bebían, a continuación, leche con miel, que Abramo les ofrecía, tras lo cual las despedía. Para que la ceremonia de la fecundidad surtiera efecto debían quedarse en casa, sin lavarse la cara, durante todo un día.

Nuuro, dulce y delicada, logró de este modo, por fin y tras numerosos intentos fallidos, quedar embarazada, con la consiguiente felicidad para todos los miembros de la comunidad. Aunque tras aquel primer parto, no volvería jamás a traer otros hijos a este mundo.



Durante varios días de intensos y desgarradores dolores ni la partera ni las ancianas del poblado se apartaron de su lado. Masajeaban su vientre y enjugaban el sudor de su frente sin cesar, hasta que llegado el amanecer del tercer día, preñado de bruma fresca, Nuuro pudo partirse en dos, permitiendo a Faadumi contemplar por primera vez la luz de la vasta tierra africana.

Las duras circunstancias en las que se presentó aquel parto, junto a las precarias condiciones sanitarias en que parió Nuuro a su pequeña, estuvieron al borde incluso de haberle provocado la muerte. Por fortuna, no ocurrió así, aunque, a pesar de haber sobrevivido, su existencia quedaría marcada para siempre por terribles secuelas.

— Nadie que gotea así puede ser feliz. —Manifestaba meses después de haber parido.

Esta lamentación suya se refería al modo persistente de la incontinencia urinaria y fecal que padecía. El goteo de su orina era constante. Se le escapaba sin poder hacer nada por sujetarlo, así como también de la caca.

Era prácticamente una niña, con una pelvis demasiado estrecha. Esa fue la razón por la que tuvo que pasar varias jornadas intentando dar a luz sin conseguirlo. Sin embargo, había otro inconveniente añadido. La ablación a que fue sometida con sólo 6 años, hizo que la presión de la cabecita de Faadumi provocara desgarros en la cicatriz dejada por la mutilación, así como en el esfínter anal.

Nuuro olía a orín mezclado con excrementos y para tratar de evitarlo tomaba el menor líquido posible. No obstante, su orina era más concentrada y su hedor más intolerable. De no haber sido por las continuas súplicas al esposo, madre e hija hubieran sido expulsadas del hogar y probablemente obligadas a vivir apartadas de la comunidad. Era el modo en que otros maridos acostumbraban a castigar a sus mujeres cuando eso mismo les ocurría.

A pesar del trato de favor con que su marido la consideró, Nuuro tuvo que ocultarse el resto de sus días, cobijando aquella desventura tras las paredes de la cabaña familiar. Esa fue la condición expresa que le impuso Abdi para que no lo dejara en vergüenza pública. Allí permanecería sin poder salir, ni visitar a amigos o a familiares. En el interior de aquella choza de adobe pagaría el tributo de un castigo bajo cuya condena no volvería a sentir la tenue luz del sol acariciándole el rostro.

Aunque lo más triste para ella fue, sin duda, no poder asistir a las reuniones de mujeres bajo la sombra de la acacia para fabricar collares. Mientras sus primorosas manos trenzaban con habilidad los juncos donde insertaban las pequeñas piedras de colores, iban, al mismo tiempo, relatando sus pesares, desgranando las recónditas penas que se ocultaban en el fondo de sus desventurados corazones. Soportaban así mejor, entre todas, el rigor con que la oscura desgracia se había cebado en ellas. Nuuro hubiera sacrificado un ojo y quizás también su mano izquierda con tal de poder volver a reír con aquellas mujeres otra vez. Empero, en el fondo de su corazón sabía que nada de eso ocurriría de nuevo. Su vivir había quedado relegado a un silencio sonámbulo, sepulcral, que sólo se rompía en contadas ocasiones

para regalar a su máspreciado tesoro, Faadumi, alguna palabra de tierno amor.



Aquella mañana de otoño, la espesa niebla matutina había ido cediendo paso a un cielo límpido y diáfano. Las persistentes lluvias de la madrugada anterior aún se escuchaban tintinear débilmente, al tiempo que empapaban las espesas y áridas arenas. La gudniin o curandera llamó a la puerta de la cabaña. Fue Faadumi quien le abrió. Habían transcurrido ya 7 primaveras en la vida de la niña y durante esos años se había convertido en una somalí hermosísima. Poseía una piel brillante que cubría un rostro provisto de rasgos suaves, con enormes ojos negros, estrellas de un firmamento luminoso.

La curandera entró en la casa, acompañada de 5 mujeres más, dejando tras de sí a la pequeña que, sorprendida por la inesperada e inusual visita, permaneció eclipsada, mirándolas con extrañeza. Nadie se acercaba hasta su casa y, menos aún, se atrevía a entrar en ella desde que su madre, perseguida por la enfermedad del mal olor, había sido condenada a los confines de la nada. Tal y como ella misma le había confesado.

— ¿Me has hecho llamar para lo que imagino? —gritó diligente y con contundencia la gudniin.

Nuuro salió con prontitud a su encuentro, mientras secaba sus manos, humedecidas por las labores culinarias.

—Ha llegado la hora —afirmó la curandera con la seguridad firme que la caracterizaba.

- Abdi, mi esposo, quiere cerrar el negocio lo más pronto posible. Por eso te he hecho venir con presteza, aunque yo...

Nuuro comenzó a llorar. Faadumi no salía de su asombro. Aquellas mujeres allí, en el interior de su hogar, su madre sosteniendo un diálogo con ellas, a pesar de que jamás la oía conversar con ninguna persona... Algo extraño estaba próximo a suceder, algún acontecimiento que desconocía y que estaba originando en ella una gran incertidumbre, al mismo tiempo que la llenaba de ingenua curiosidad. ¿A qué extraño negocio de su padre hacía alusión su madre? ¿Qué había llevado a la gudniin hasta su casa y con qué misterioso propósito la contemplaba a ella de modo tan perturbador?

Mientras esas incertidumbres asaltaban la mente de Faadumi, Nuuro continuaba con el corazón roto de dolor, llorando sin consuelo.

— No sufras, mujer. En un momento todo habrá pasado. —dijo con tono compasivo una de las que acompañaban a la curandera, a la vez que le acariciaba con dulzura el cabello, oculto tras el velo.

— Mi esposo ha prometido que de no consentirle yo el trato, me echará, me repudiará y se saldrá igualmente con la suya, cumpliendo con los planes que tiene previsto llevar a cabo. —Añadió Nuuro entre sollozos, a modo de disculpas, con una voz azorada por la inquietud. Necesitaba justificar todo cuanto,

momentos después, sucedería. Se esforzaba por limpiarse a sí misma de lo que sabía que jamás, a lo largo de su triste existencia, podría olvidar ni perdonar.

La gudniin tomó a la chiquilla de la mano, no sin cierta brusquedad, y se dispuso a salir de la casa. Acto seguido y de modo automático las 5 mujeres la siguieron a corta distancia.

— ¿A dónde vamos? —preguntó la niña, mientras giraba la cabeza para contemplar el rostro de su madre. Trataba de descubrir en él alguna clave que le permitiera arrojar un poco de luz a su inquieta incertidumbre. Su rizado cabello bailaba juguetón sobre sus hombros de ébano.

— Hasta pronto, preciosa luz de la mañana. Estaré aquí para recibirte cuando regreses. No te preocupes, esto pasará rápido. — gritaba Nuuro, mientras enjugaba su dolor con el paño de cocina. La situación la había atemorizado tanto que las blandas heces resbalaban por sus nalgas con destino a los tobillos. El fuerte hedor la devolvió nuevamente a la realidad, mientras hacía un buen rato ya que sus pies navegaban sobre un enorme charco de orina.

Faadumi se retorció para intentar desasirse de la zarpa de aquella mujer, no obstante, la presión que ejercía sobre los dedos de la niña era tanta que le resultó prácticamente imposible, a pesar de sus persistentes intentos. Con premura a la vez que con absoluta firmeza, la chiquilla fue arrastrada con destino a las riberas del río, seguida siempre de su corte de acompañantes.

— Aquí es buen lugar. Está lo suficientemente alejado. Nadie podrá oír nada. —afirmó con rotundidad la curandera.

Con una fuerza sobrenatural portentosa, tendió a la pequeña boca arriba y ordenó a una de las mujeres que se apoyara sobre su tórax, en tanto que las 4 restantes se colocaron de tal modo que

cada una la sujetaba fuertemente por una de sus pequeñas extremidades, hasta inmovilizarla por completo. La gudniin sacó entonces una cuchilla, que había hervido en su casa previamente. Abrió luego las piernas a la niña y con un golpe lacerante, le provocó el más terrible de los temblores.



Abdi sabía que había llegado una gran oportunidad. En su mano estaba, por tanto, intentar aprovechar la ocasión sin titubeos.

Cuando el viudo de 40 años le ofreció 50 camellos hembras en dote compensatoria por casarse con su pequeña Faadumi, él no encontró otro camino que aceptar, pues supo reconocerlo como el momento que tanto había estado esperando. En el fondo consideraba que su sufrimiento había sido grande. Tuvo que soportar durante años a una mujer a la que todos señalaban como inservible, pues no había sido capaz de darle descendencia con prontitud, convirtiéndolo a él en objeto de ridiculización por parte de otros hombres del poblado. Y después, tras parir ella, aquel insoportable hedor que desprendía a basura descompuesta.

A pesar de que nunca más volvió a yacer con su esposa en el lecho matrimonial, todo olía a putrefacción. La repulsa que sentía fue amargando el corazón de aquel somalí, a la vez que su espíritu se agriaba cada día un poco más. Para dulcificar su terrible vida, Abdi buscaba refugio en los brazos de prostitutas lujuriosas, a las que iba a buscar a abarrotados prostíbulos situados en el puerto. Mujeres que no habían sido mutiladas y cuyo apetito sexual las convertía en seres ardientes, capaces de gozar un orgasmo con la misma intensidad que cualquier varón lo hacía. Eso las convertía en enormemente atractivas para él, acostumbrado a la frialdad de su sumisa Nuuro. Abdi encontró en esos hábitos la mejor manera de hacer más soportable su insostenible existir, a la espera del momento preciso en que todo pudiera cambiar.

El plan que había urdido, tras años de oscuras elucubraciones, no podía fallar. La primera condición que debía cumplir era que la chiquilla fuese infibulada, para, con su virginidad impoluta, poder entregarla purificada al solícito viudo. Una vez logrado ese objetivo inicial de colocar a la hija en otro hogar y a manos de otro hombre, no sería ya su responsabilidad. El segundo problema del que se desligaría sería su despreciada Nuuro, para la que había pensado el abandono, que en otro tiempo debió haber sido valiente en llevar a cabo. La repudiaría y podría disfrutar con otras mujeres la succulenta dote.

— Nada hay en este proyecto que no sea posible realizar. ¡Sé paciente, Abdi! El final está próximo. —se decía, a menudo, para sus adentros.



Faadumi no imaginó ni por un instante lo que en breve espacio de tiempo sucedería. La mujer que se había colocado sobre su pecho, le tapó con fuerza los ojos, no sin que antes la niña pudiera ver de soslayo la cuchilla en manos de la curandera. Se aterrorizó y gritó con alarido de pánico. Sin embargo, la mujer que le cubría los ojos también le tapó la boca, evitando de ese modo que ni un sólo sonido más saliera a su través. Aunque ella seguía chillando para sus entrañas.

— Date prisa. Esta criatura no estaba preparada para lo que tenemos que hacerle y puede darnos problemas... Se agita demasiado... No se conforma... —Manifestó aquélla que le sujetaba una de las piernas.

La gudniin cortó el incipiente clítoris y los labios menores con un movimiento rápido y pertinaz, tras lo cual una catarata de sangre comenzó a fluir sin discreción. Faadumi dejó de agitarse lentamente hasta que, finalmente, perdió el conocimiento, quedando su cuerpo pequeño a expensas de sus procaces mutiladoras. A continuación, las manos ensangrentadas de la curandera continuaron ejecutando su acción, en un ejercicio de recortes sin límites, en los que también los labios mayores fueron arrancados. La sangre seguía manando sin contemplaciones,

empapando las faldas de la niña y tiñendo de rojo sus delgadas piernas. Las variadas cicatrices en sus infantiles rodillas se cubrían ahora de una sanguinolencia que no se debía a juegos de niña, sino a intereses de varón.

Una vez la gudniin consideró que había cercenado lo suficiente el aparato genital de Faadumi y que, por tanto, ésta ya era lo bastante pura, limpió la cuchilla con el borde de su traslúcido velo, secó sus manos con las negras faldas y se levantó. En sus bolsillos logró encontrar una cuerda de calibre relativamente fino que le permitió ensartar en una aguja. Se volvió a agachar y cosió los genitales de Faadumi.

— Está suficientemente sellada. —afirmó después.

Cuando Faadumi fuese madre, probablemente volvería a ser cosida, con el objeto de estrechar la dilatada vagina, ofreciendo en las relaciones sexuales con su marido mucho más placer a éste. Con toda seguridad la muchacha estaría orgullosa de todo aquello porque, de esa manera, evitaría que su esposo tuviese que buscar la satisfacción del pleno deseo en los brazos de otras mujeres. Aunque, de momento y a partir de entonces, orinar sería un suplicio. El escozor se prolongaría años, e incluso una posible infección urinaria la haría sufrir secuelas de por vida.

La niña seguía inconsciente y de ese modo, cubiertas las ensangrentadas piernas por velos con que las acompañantes de la curandera la habían envuelto, la trasladaron hasta su cabaña. Abdi abrió la puerta y, sin querer reparar en lo que tenía delante, salió con rapidez, perdiéndose más allá de la espesa polvareda que sus sandalias levantaban sobre el árido terruño. Nuuro corrió llorosa hacia el cuerpo inmóvil de su hija y la abrazó con infinita tristeza. Al fin y al cabo, su pequeña Faadumi, nacida cuando ya nadie la esperaba, excepto ella, fue un regalo de Alá. Y la única

persona que la había querido a lo largo de su desafortunado existir. Nuuro comprendió entonces que el sentir amoroso que profesaba a su hijita rozaba la locura.

Durante dos noches consecutivas con dos extensos días, la niña permaneció sin conocimiento.

Abdi se alejó del hogar con la promesa de volver cuando la hija sanara. Retornaba cada amanecer para dar cumplida cuenta al viudo sobre el estado de su prometida y, de ese modo, ofrecerle esperanzas de lo cercano que se encontraba el día en que ambos podrían hacer efectivo el intercambio. Nuuro, en cambio, la acariciaba lentamente, le acercaba paños húmedos al rostro y le hablaba susurrante con palabras cargadas de ternura. Le rogaba que volviera a ella, haciéndole promesas de felicidad que sabía imposibles de cumplir. Y la amargura se hacía presente en su boca con tal intensidad que sentía una imperiosa necesidad de escupirla, para no ahogarse con el ácido veneno de su desesperación.

En aquel brillante amanecer, la juguetona luz dibujaba sombras rotas sobre las paredes de la cabaña. Abdi se acercó nuevamente con la impaciente intención de recibir una respuesta favorable ante la recuperación de su hija. Un envolvente silencio emanaba de la pequeña ventana desde la que el esposo solía realizar el interrogatorio diario a su mujer. Y con contundencia volvía a insistir. Ni un sólo ruido, por pequeño que fuera, se dejaba escuchar. Entonces, decidió entrar.

El intenso sopor a excrementos y orín con que la cabaña acostumbraba a recibirlo había desaparecido y en su lugar el aire blanco de la amanecida inundaba todo con sus efluvios a otoño nuevo.

Ambas se habían marchado buscando la libertad.

Primero lo hizo Faadumi tras dejar lentamente de respirar.

Después fue Nuuro. Ató una cuerda a su cuello y permitió que el silencio explicara lo demás.

FIN

